

EL ENIGMA DE LAS COALICIONES EN LA HISTORIA POLITICA ARGENTINA César Tcach (*)

1. Planteamiento del tema.

Argentina es un país caracterizado por identidades políticas arraigadas. El radicalismo fue fundado hace 120 años y el peronismo tiene más de 65 años de existencia. Sin embargo, el itinerario de sus largas vidas no registra coaliciones perdurables. El radicalismo enfrentó solo al régimen conservador entre 1891 y 1916, gobernó en soledad entre 1916 y 1930, no formó alianzas para enfrentar al conservadorismo durante el período de fraude electoral (1930-43), formó una efímera *Unión Democrática* en 1945 para enfrentar electoralmente a Perón que se disolvió al año siguiente, no formalizó coaliciones como partido opositor entre 1946 y 1963, gobernó nuevamente en solitario entre 1963-66 durante la presidencia del Dr. Arturo Illia, y formó parte de efímeras uniones inter-partidarias para enfrentar a las dictaduras en 1970 (*La Hora del Pueblo*) y 1981 (*Multipartidaria*); gobernó sin una alianza orgánica con ningún partido nacional durante la presidencia de Alfonsín (1983-89) y forjó una coalición que culminó en catástrofe entre 1999-2001. El peronismo, por su parte, desde su fundación en 1945, formalizó numerosos “frentes”,- desde el Frente Justicialista de Liberación Nacional (FREJULI) en la década de 1970 hasta el Frente para la Victoria que llevó a Néstor Kirchner a la presidencia en 2003- todos ellos subordinados a la disciplina impuesta por Perón o por el presidente peronista que ocupase la primera magistratura de la nación. A tenor de lo expuesto, el siguiente texto propone una reflexión en torno a un problema central de la historia argentina contemporánea: la incapacidad de sus actores para constituir coaliciones políticas estables, es decir, que posean los atributos de solidez y flexibilidad necesarias para afrontar: a) Eventuales derrotas electorales. b) Eventuales éxitos electorales que supongan la necesidad de reconvertir la coalición electoral en una coalición de gobierno. c) El pasaje de una coyuntura política a otra en función de motivos diversos (crisis económica, cambios en el contexto internacional, etc.). La volatilidad de las coaliciones políticas en Argentina forma un pliegue interno relevante de su tendencia a la inestabilidad crónica y contrasta con la de sus países vecinos, Chile –donde la Concertación de Partidos por la Democracia tiene más de veinte años de existencia, y Uruguay. En este último caso, cabe recordar que el 4 de febrero de 2011 se cumplieron 40 años del nacimiento del Frente Amplio, la coalición política más antigua de América Latina. Por cierto, la formación o no de coaliciones, su eficacia y perdurabilidad se correlacionan con las características del sistema político. Se puede afirmar que un régimen político de tipo presidencialista que se caracteriza además, por la centralización de recursos en el Estado Nacional, genera un conjunto de incentivos selectivos que opera en detrimento de la estabilidad coalicional. Sin embargo, como los casos de Chile y Uruguay lo atestiguan, el presidencialismo no es incompatible con la formación de coaliciones estables y duraderas.¹

(*) Coordinador académico del Doctorado en Estudios Sociales de América Latina y Director de la Maestría en Partidos Políticos del Centro de Estudios Avanzados de la Universidad Nacional de Córdoba. Investigador del CONICET (Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Tecnológicas).

¹ Chasqueti, D. 2008, 80-86.

En esta investigación se propone considerar también otros factores que remiten a características históricas de larga duración en la política y la cultura política argentina: las características identitarias de sus partidos políticos, el movimientismo como fórmula organizativa o ideal político, la fuerza de las mediaciones corporativas y el peso de los liderazgos personalistas en el marco de las transformaciones operadas en las formas de hacer política.

2. ¿Movimientos o coaliciones? Precisiones conceptuales.

La tendencia a pensar la política en términos de *movimientos nacionales* forma parte de la matriz política de la Argentina contemporánea. Con sus propias peculiaridades y matices distintivos, sus dos principales fuerzas políticas -radicales y peronistas- tendieron a identificarse durante sus períodos fundacionales, en una clave movimientista. Es decir, aspiraron a ser consideradas no como partes de una interacción entre pares –simples partidos dentro de un sistema de partidos- sino como la expresión totalizadora de la voluntad nacional del pueblo argentino. En el caso del radicalismo, el movimientismo fue más un ideal político que una fórmula organizativa. La Unión Cívica Radical decía ser la expresión de la nación y, al mismo tiempo, su agente constructor. Esta identificación tenía dos límites: estaba anclada en un partido de ciudadanos y no era extensiva al Estado. La dimensión republicana sobre la que había construido su capital político – culto a la constitución nacional, división de poderes, libertad política- ocluía la tentación de extender un manto de rigurosa homogeneidad a todos los resortes del Estado. El movimientismo peronista, en cambio, tuvo un carácter más pleno. No fue solo un ideal político sino que también se tradujo en un esquema organizativo. El movimiento no se redujo al partido. Este fue concebido sólo como una mera herramienta electoral en el marco de un espacio más amplio - que incluía a los sindicatos, el empresariado nacional, el Ejército y durante un breve tiempo la Iglesia Católica- conducido por un líder carismático. Una segunda diferencia lo distinguió del movimientismo radical: dado que el peronismo nació a partir del Estado –en su periodo fundacional su líder, el coronel Perón, fue secretario de trabajo y previsión y vicepresidente de la República- la identificación entre movimiento peronista, nación y Estado fue constitutiva de su matriz originaria. Estos dos tipos de movimientismos tienen como común denominador su carácter policlasista. La heterogeneidad de su base social constitutiva habilitó su interpretación como coaliciones políticas y sociales. Es en este punto donde conviene a mi argumentación formular algunas precisiones conceptuales.

¿Movimiento o coalición? Con frecuencia, ambas nociones han sido confundidas, e incluso mimetizadas en la historia política argentina. La noción de *coaliciones* tiene un carácter polisémico. En clave sociológica remite a convergencias, fusiones o frentes entre actores sociales.² Así por ejemplo, al analizarse el Partido Demócrata norteamericano en la época de Franklin Roosevelt, se señala la confluencia de obreros, intelectuales y clase media baja del norte de EE.UU. con una clase alta racista y autoritaria que conducía a los “blancos pobres” del sur de ese país (Di Tella, 2004: 17). En una mirada más politológica, en cambio, la noción de coaliciones tiene como núcleo duro el principio del poder compartido entre partidos y grupos políticos a partir de un sistema de pactos y reglas internas que regulan los juegos de poder, definen las pautas

²Di Tella, T. 1999, 28.

de negociación y determinan instancias de resolución de conflictos. A la luz de esta distinción, es posible afirmar que radicalismo y peronismo supusieron convergencias de actores sociales distintos y por lo tanto, ambos son portadores de una tradición coalicional, pero de modo alguno constituyeron coaliciones políticas en el sentido politológico antes indicado.

3. Tradiciones coalicionales argentinas: ¿Ingeniería de cooptación o principio del poder compartido?

En las primeras décadas del siglo XX, como es sabido, la Unión Cívica Radical se constituyó a partir de una confluencia heterogénea: sectores populares de los principales centros urbanos, núcleos patricios de Buenos Aires, Córdoba y Salta, colonos del centroeste santafecino y de la pampa gringa cordobesa, entre otros, en el marco de una sociedad “abierta y móvil”.³ Se ha llegado a sostener, incluso, que el partido radical fue sostenido por vastos sectores “sin preeminencia de ninguno de ellos”.⁴

³ Romero, L. A. 2004, 32-33. ⁴ Lupu N. – Stokes, S. 2009, 517. ⁵ Macor; D. - Tcach, C. 2003, 5-31. Arias Bucciarelli, M. 2007, 150. ⁶ Tcach C. – Rodríguez, C. 2006, 79.

También el peronismo se constituyó inicialmente de modo coalicional. Como en su momento sostuvimos con Dario Macor, en sus orígenes el peronismo ya no puede ser percibido como un movimiento que tuvo en la clase obrera su “columna vertebral” y en la oligarquía su “enemigo natural”, sino que –en sus niveles de dirección agrupó, sobre todo en el interior del país, a sectores de poder en las provincias: viejos caudillos departamentales conservadores y un sector de la “aristocracia” de toga en Córdoba, una parte de la oligarquía azucarera salteña (no olvidemos que el primer gobernador peronista de Salta fue el terrateniente Lucio Cornejo, dueño del ingenio San Isidro), o la inclusión de notables y ricos en el sur patagónico como el gobernador de Neuquén, a la sazón estanciero, Pedro Julio San Martín.⁵

A esta tradición, que podemos llamar “coalicional” tampoco fue ajena el conservadorismo. La Federación Nacional Democrática constituida a principios de la década del treinta y el propio partido demócrata nacional fueron el resultado de coaliciones entre grupos oligárquicos provinciales, o al menos, de notables provinciales. Lo mismo ocurrió en la década del sesenta, cuando la derecha formó la Federación de Partidos de Centro frente al gobierno radical de Arturo Illia.⁶ También el desarrollismo argentino, el frondicismo, tuvo en sus orígenes un relevante componente coalicional.

Entonces, se puede formular aquí una primera constatación, la existencia de una cultura coalicional en la matriz de las principales identidades políticas, como condición de posibilidad para la formación de alianzas políticas. Sin embargo, esta valoración contrasta con la inestabilidad de las coaliciones en Argentina. Entre 1916 y 1983 ni el radicalismo ni el peronismo formaron gobiernos de coalición. En ese lapso, las coaliciones opositoras fueron tan efímeras como inconsistentes. A partir de la instauración democrática iniciada durante el gobierno de Raúl Alfonsín, la inestabilidad de las coaliciones se reprodujo como un dato estable de la política argentina. No sólo por los estridentes fracasos de las coaliciones que protagonizaron Fernando de la Rúa (UCR) y Carlos Chacho Álvarez (FREPASO) o diez años más tarde la presidenta Cristina Fernández de Kirchner y su vicepresidente radical Cleto Cobos. Porque esa inestabilidad se reprodujo en niveles provinciales, municipales y comunales. Hasta el

presente, se producen continuamente rupturas de coaliciones a nivel macro y a nivel micro. Su común denominador reside en las dificultades que enfrentan los procesos de conversión de las coaliciones electorales en coaliciones de gobierno. Acercarse a una interpretación del fracaso histórico de las coaliciones en Argentina, implica considerar una primera hipótesis: Argentina combina una fuerte tradición de coaliciones o alianzas con una *cultura política coalicional de baja intensidad*. Esto puede parecer una contradicción, fuerte tradición coalicionista y cultura política coalicional de baja intensidad. Sin embargo, desde mi perspectiva de análisis, la intensidad de la cultura coalicional se debe valorar y evaluar en función del *conjunto de representaciones y prácticas que los actores políticos desarrollan a efectos de favorecer la legitimidad, estabilidad y consolidación de las coaliciones*. Entonces, si bien la cultura coalicional es amplia por su extensión entre las principales fuerzas políticas, y por la magnitud del potencial coalicional (no hay barreras clasistas, raciales o confesionales- es un potencial en buena medida *catch all*), la misma es de baja intensidad porque estuvo anclada históricamente en un modelo originario de matriz movimientista, sometido a fuertes tensiones. ¿Cómo se manifestó en los diversos espacios políticos esa cultura coalicional amplia pero de baja intensidad? Pues veamos:

1. En el caso del peronismo, la alianza era una variable dependiente del liderazgo carismático. Por lo tanto, de una dimensión vertical de la política. Con un agravante que dista de ser un dato menor. La relación simbiótica entre liderazgo y Estado. Cabe recordar en los años cincuenta, la composición de los Comando Estratégico, de los Comando Tácticos y de los Subcomandos Tácticos. El primero era presidido por el presidente de la nación y se reunía en la Casa Rosada, los segundos era presidido en cada provincia por el gobernador respectivo y se reunían en la Casa de Gobierno, los terceros eran presididos por los intendentes y se reunían en sede municipal.⁷ No ha de extrañar entonces, que tras la muerte de Perón y la larga crisis de sucesión, la alianza se convirtiese en una variable dependiente del Poder Ejecutivo Nacional o de los gobernadores.

⁷Teach, C. 1991, 202-205. ⁸Smulovitz, C. 1993, 403-423.

Desapareció el liderazgo carismático pero no el verticalismo estatalista y personalista que marcó su origen condicionando las alianzas en un doble sentido: la asimetría interna dado que los actores están sujetos a un centro o vértice situado en el Estado. Y su carácter coyuntural, meramente instrumental. De allí, la volatilidad de los “compañeros de ruta”: no son actores fijos sobredeterminados por afinidades ideológicas.

2. En el caso del partido radical, la idea de alianza –pese a ser la propia UCR una alianza- tuvo varios contrapesos importantes. En primer lugar, la concepción yrigoyenista según la cual el radicalismo era la expresión de la nacionalidad y, al mismo tiempo, su agente constructor –concepción que se nutría también de una fuerte influencia krausista- operó en detrimento de una política de alianzas. El radicalismo era concebido como la manifestación totalizadora de la voluntad nacional y democrática de los argentinos. Vinculada a esta concepción se construyó una noción de consenso, no como el fruto de una esforzada negociación entre actores sino como el resultado de la acción honesta de sus dirigentes.⁸ Esa forma de hacer política plegaría a su favor al conjunto de la ciudadanía. En el fondo, latía también con fuerza la tentación movimientista,

pero —a diferencia del peronismo— no en clave corporativa sino anclada en un partido de ciudadanos.

3. En el caso de los sectores liberal-conservadores, la idea de alianza que ellos practicaron en las décadas del treinta (Federación Nacional Democrática), los sesenta (Federación de Partidos de Centro), los setenta (Alianza Popular Federalista) y los noventa (alianza de la Unión de Centro Democrático con el menemismo) chocó siempre con dos obstáculos formidables: su desinterés por la democracia interna y su fácil seducción por actores corporativos. Estos factores restaron densidad a su propio interés por la fórmula organizativa partido.

A partir de lo expuesto, se puede afirmar que en la clave movimientista que con diversos matices diferenciales construyeron sus identidades radicales y peronistas, las alianzas fueron más una fórmula para construir hegemonía que para edificar consensos entre reconocidos como pares en el juego político. Es decir, para las principales fuerzas, la idea de coalición se asocia a la idea de supremacía y de compañeros de ruta contingentes. En el caso del peronismo supone la existencia de una aceptada ingeniería de cooptación cuyas habilidades forman parte de un acervo histórico que le permitió “devorar” (es decir, absorber o reducir a su mínima expresión) a partidos situados a su izquierda o a su derecha (como el partido conservador popular en los setenta o la UCD en la época dorada del menemismo). En el caso de la UCR, el “panradicalismo” o las alianzas con partidos fuertes en el plano subnacional (como el Partido Socialista) no implicó necesariamente la desintegración de los aliados. Subyace en cambio, la idea de un “contrato moral”, que es más un acuerdo entre iguales honestos que un compromiso entre diferentes. Lo que subyace de común en ambas miradas es una representación de las alianzas de gobierno más cercana a la idea de “gobierno de unidad nacional” que al principio del poder compartido.

4. Preferencias coalicionales alternativas.

Como hemos visto, la modalidad de construcción de las identidades partidarias en Argentina, tuvo un sesgo movimientista que facilitó la permanencia inveterada de una lógica de partido predominante. La UCR y el Partido Peronista o Justicialista tendieron a considerarse, con singularidades propias y diferentes entre sí, expresiones totalizadoras de la voluntad nacional. Por cierto, a este propósito no fueron ajenos los conservadores durante el período de dominación oligárquica entre 1880 y 1916. Con acierto, Natalio Botana ha sostenido que “*la historia argentina desde que se construyó nuestro Estado nacional en 1880, ha sido un cementerio de hegemonías fallidas*”.⁹ A efectos de nuestra interpretación, conviene destacar que esta tentación hegemónica remitió para hacerse efectiva, a un arco de preferencias coalicionales alternativo al de los partidos. Esas preferencias alternativas se correlacionaron con el rol ejercido por las asociaciones de interés sectoriales.

⁹ Botana, N. (1995), 12.

El sistema político argentino funcionó históricamente a través de un doble canal de mediación: el corporativo y el partidario. La primacía de la mediación corporativa tuvo

contundentes expresiones a lo largo de toda la historia argentina del siglo XX: entre 1900 y 1940 la casi totalidad de los ministros de agricultura y ganadería fueron miembros de la Sociedad Rural; algunos partidos operaron en contra del sistema de partidos aliándose con la *Acción Coordinadora de Instituciones Empresariales Libres* (ACIEL) para derrocar a Illia en 1966 y con la *Asociación Permanente de Entidades Gremiales Empresariales* (APEGE) para destituir al gobierno peronista en 1976. Cabe añadir, que estos actores externos al sistema de partidos, establecían y aún hoy tratan de establecer alianzas fácticas dotadas de una fuerte vocación hegemónica. Recuérdese, por ejemplo, el papel de la empresarial *Fundación Mediterránea* durante los años dorados del neoliberalismo menemista; o entre 2008-2009, la mirada acrítica de los partidos políticos opositores hacia la *Mesa de Enlace* conformada por las principales asociaciones de propietarios agrarios.

En la primera década del siglo XXI, los militares ya no son sujetos de posibles alianzas con oposiciones partidarias semileales o desleales.¹⁰ (Linz, 1996) La Iglesia Católica, en cambio, continúa seduciendo con su respaldo a determinados liderazgos y opciones partidarias, sobre todo cuando se tratan temas vinculados a educación y salud reproductiva. Pero el papel central lo protagonizan aquellos actores privados vinculados al mercado financiero con capacidad para definir en determinadas coyunturas cierta “disciplina de mercado”.¹¹ Su presencia en el escenario político dista de ser neutra en la definición de las políticas de alianzas formuladas por los líderes partidarios. Lo anteriormente expuesto, supone la configuración de un espacio de alianzas alternativo al de la cooperación interpartidaria. Es decir, implica afirmar la existencia de menú de opciones más amplio que el ofrecido por el sistema de partidos. Implica un abanico alternativo de alianzas que eventualmente puede ser más rentable y eficaz que el que se puede generar a partir de la cooperación interpartidaria. Por consiguiente, el cálculo racional indica a los actores que la configuración de un bloque de poder, sea de gobierno o de oposición, debe dejar a sus líderes un importante margen de autonomía decisional para negociar con esos actores políticos implícitos.

¹⁰ Linz, J. 1996. ¹¹ Iazzetta, O. 1997, 158-159. ¹² Quiroga, H. 2010, 148-162. ¹³ Mainwaring S. – Soberg Shugart, M. 2002, 258.

La incidencia del arco de preferencias coalicionales con actores externos al sistema de partidos adquiere una mayor relevancia, en consonancia con la pérdida de intensidad de las identidades colectivas partidarias y la erosión del rol de los militantes en sus organizaciones. Asimismo, la asimetría interna que pueden contener esas alianzas entre líderes partidarios y actores privados o corporativos se acrecienta en consonancia con la fragmentación del formato partidario.¹² Por otra parte, la débil disciplina de voto en los bloques parlamentarios resta densidad al compromiso de los legisladores individuales con sus propios partidos y/o coaliciones, circunstancia que eventualmente puede facilitar la tarea corporativa de captura de sus votos.¹³

5. ¿Coaliciones institucionalizadas o armazones ad hoc?

Las dificultades para institucionalizar las coaliciones argentinas obedece a una alquimia en la que se combinaron factores históricos de larga duración –como el personalismo, el caudillismo, los ideales movimientistas, las vocaciones hegemónicas, y el papel de las asociaciones corporativas- con las transformaciones recientes en las

modalidades de hacer política, marcadas por el impacto de los avances tecnológicos en el campo de la comunicación. A diferencia de Chile y Uruguay, en Argentina las coaliciones combinan un fuerte carácter superestructural con un débil grado de institucionalización. Las coaliciones no son el fruto de una construcción social que permita concebirlas en la dimensión horizontal de la política. En este sentido, el asociacionismo político es débil. Lejos de ser un producto de la política como ámbito de deliberación, las alianzas son más bien, el resultado de la política como espacio de decisión de sus líderes. En este sentido, las coaliciones expresan menos clivajes sociales que elecciones de líneas divisorias definidas por los dirigentes en función de sondeos y encuestas de opinión. Por consiguiente, parece tener más peso el beneficio mediático inmediato que el beneficio institucional en el mediano y largo plazo. Ello a su vez, puede tener como consecuencia una disociación entre tres tipos de beneficios: el obtenido por el líder, el beneficio partidario y beneficio coalicional. Estas tensiones se resuelven –en la práctica de los políticos argentinos- en una ecuación personalista, donde tiende a primar siempre el primero. Es por eso, que una práctica política coalicional sujeta a normas que restringiesen la libertad de acción de las partes, y sobre todo, de sus líderes máximos, puede ser percibida como una potencial hipoteca política.

En esa lógica personalista, el carácter superestructural se vincula a la primacía del cortoplacismo. Este cortoplacismo se asocia asimismo, a la percepción del éxito inmediato como el capital máspreciado y sus efectos sobre la democracia interna, -en los partidos y con mayor razón en las coaliciones- son devastadores. Se ha sostenido que el éxito electoral de una coalición predispone a sus miembros al mantenimiento del pacto. El caso de Convergencia y Unión, en Cataluña, ha sido presentado como una prueba al respecto.¹⁴ Sin embargo, la impronta personalista de la cultura política argentina parece relativizar la universalidad de la tesis. El rendimiento electoral dista de ser la variable independiente que permita explicar el éxito o el fracaso de una coalición. En las coaliciones realmente existentes –al menos en la gran mayoría de ellas- el escaso grado de correspondencia entre normas y prácticas, abre un horizonte acechado de incertidumbres tanto en el triunfo como en la derrota. Así, por ejemplo, la renuencia a realizar elecciones internas puede ampararse en argumentos simétricamente opuestos: no practicarlas porque se viene de una victoria y el espacio está viviendo un momento ascendente o bien porque está en un momento de crisis o debilitamiento y su realización contribuiría a potenciar las divisiones. Los múltiples caminos que se abren tras las coyunturas electorales, son potenciados por la existencia de “juegos anidados”, es decir, por la superposición de arenas políticas correspondientes a diversos planos: municipal, provincial y nacional. Las eventuales *ligas de gobernadores* y *redes de intendentes* en lugares como el conurbano bonaerense, acentúan los problemas de institucionalización. Este fenómeno, estrechamente vinculado a la territorialización de la política, ancla su potencialidad no sólo en la diversificación del sistema de partidos sino también en la descentralización del poder partidario, y el predominio de modalidades mediáticas de construcción de liderazgos.

¹⁴ Reniu, J. M. 2002.

6. Reflexiones finales.

En el año 2003, el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) publicó en primer libro de política comparada centrado en la problemática de las relaciones entre presidencialismo y coaliciones en América Latina (Lanzaro, 2003). De su lectura emergían con claridad las dificultades de las coaliciones en Argentina para proveer sólidas bases a la capacidad de gobierno.¹⁵

¹⁵ Novaro, M. 2003, 89. ¹⁶ Ollier, M.M. 2001, 11. ¹⁷ Neveu, E. 2002, 62-64.

Es verdad que el presidencialismo y la centralización de recursos en el Estado nacional favorece una orientación fundacional de los líderes y ello opera en detrimento de la formación de coaliciones institucionalizadas. La literatura politológica ha insistido mucho en la carencia de instancias políticas institucionalizadas en los procesos de toma de decisiones.¹⁶ Empero, en una mirada histórica de más larga duración, se puede afirmar que la débil institucionalización no es la causa de la debilidad de las coaliciones sino su correlato, es decir, producto y manifestación de un conjunto de determinaciones ancladas en las matrices de la política partidaria en Argentina. En su cultura coalicional, -el conjunto de representaciones de los actores políticos acerca de las coaliciones entre partidos- las alianzas no son fórmulas para construir consensos y viabilizar políticas públicas, sino una suerte de ingeniería de cooptación al servicio de una vocación hegemónica. La primacía de lo superestructural en las modalidades de hacer política y establecer compromisos, el peso de actores externos -privados o corporativos- el personalismo y la matriz movimientista constituyen la matriz político cultural del coalicionismo argentino. Es por eso que las coaliciones argentinas, lejos de sustentarse en el principio del poder compartido, son construcciones marcadas por la tentación hegemónica, la ingeniería de cooptación y la permeabilidad a los intereses corporativos. Su proa visionaria apunta más a la idea de gobierno de unidad nacional con liderazgo fuerte que a la regulación de compromisos basados en la distribución de poder.

Este fenómeno se expresa también en el terreno de los movimientos sociales. Su desarrollo como forma ordinaria de participación política hace impensable la constitución de coaliciones y la elaboración de políticas públicas que, al menos, no tengan presente su jerarquía de prioridades.¹⁷ La recepción de sus reivindicaciones, y más aún la inclusión de ese tipo de actores extra-partidarios empero, tiende a ser procesada en clave de manipulación política. Ayer, líderes fundacionales como Juan Domingo Perón o Hipólito Yrigoyen, hoy líderes configurados en gran medida en el terreno de los medios de comunicación y las encuestas de opinión, comparten un hilo conductor que ancla en una cultura política facciosa que confunde la parte con el todo y desprecia la distinción entre lo personal y lo normativo. Desde fines del siglo XX, las transformaciones de los partidos, convertidos muchas veces en meras agrupaciones de funcionarios, y del perfil de los liderazgos -cada vez más mediáticos- reproducen en un nuevo contexto histórico muchas de las marcas que ya estaban presentes en la matriz originaria de sus prácticas políticas. Tras los enormes cambios en las formas de hacer política, subyace como en el pasado la ausencia de coaliciones inter-partidarias institucionalizadas y el predominio

del personalismo cortoplacista como un dato estable de la política argentina. Ese juego de relaciones de continuidad y cambio constituye, quizá, el meridiano más fructífero para interpretar el enigma del fracaso de las coaliciones en Argentina.

BIBLIOGRAFIA

- ARIAS BUCCIARELLI, M. (2007), “La provincialización de los territorios nacionales durante el primer peronismo. Una mirada desde la experiencia neuquina”. En BOIXA, A – VILABOA, J, *Las formas de la política en la Patagonia*, Biblos, Buenos Aires.
- BOBBIO, N. (2004), *Derecha e izquierda*, Buenos Aires, Ed. Punto de Lectura.
- BOTANA, N. (1995), “Las transformaciones institucionales en los años del menemismo”. En: Sidicaro R. – Mayer, J. (comps.), *Las transformaciones institucionales en los años del menemismo*, UBA, Buenos Aires.
- BURDMAN, J. (1997), “Estrategias de ballottage y sistema de partidos (si 1999 fuera hoy)”, en *Desarrollo Económico*, Buenos Aires, vol. 37, N° 147.
- CALVO, E. (2005), “Argentina, elecciones legislativas 2005: consolidación institucional del kirchnerismo y territorialización del voto”, en *Revista de Ciencia Política*, Pontificia Universidad Católica de Chile vol. 25, N° 2.
- CALVO, E.- ESCOLAR, M. (2005), *La nueva política de partidos en la Argentina*. Buenos Aires, Prometeo.
- CAMOU (2000), A. “Del bipartidismo al bialiancismo? Elecciones y política en la Argentina posmenemista” en *Perfiles Latinoamericanos*, FLACSO- México, N° 16.
- (2008), “¿Más allá del bipartidismo? El peronismo kirchnerista como problema y solución en la Argentina actual”, en *Stockholm Review of Latin American Studies*, Estocolmo, Suecia, N° 3.
- CHASQUETTI, D. (2008), *Democracia, presidencialismo y partidos políticos en América Latina: evaluando la difícil combinación*, Montevideo, Cauce.
- (2003), “Democracia, multipartidismo y coaliciones en América Latina: evaluando la difícil combinación”, en J. LANZARO (comp.), *Tipos de presidencialismo y coaliciones políticas en América Latina*, Buenos Aires, CLACSO.
- CHERESKY I. (2007), *La política después de los partidos*, Buenos Aires, Prometeo.
- DI TELLA, T. (1999), *Actores y coaliciones. Elementos para una teoría de la acción política*, Buenos Aires, Instituto Torcuato Di Tella-PNUD.
- (2004), *Coaliciones políticas. ¿Existen derechas e izquierdas?*, Buenos Aires, Capital Intelectual.
- IAZZETTA, O. (2007), *Democracias en busca de Estado. Ensayos sobre América Latina*. Rosario, Homo Sapiens.
- LUPU, N.- STOKES, S. (2009), “Las bases sociales de los partidos políticos en Argentina, 1912-2003” en *Desarrollo Económico*, Buenos Aires, vol. 48, N° 192.
- J. LINZ (1996), *La quiebra de las democracias*, Madrid, Alianza Editorial.
- MACOR, D. – TCACH, C. (2003), *La invención del peronismo en el interior del país*, Santa Fe, Universidad Nacional del Litoral.
- MAINWARING, S. – SOBERG SHUGART, M. (2002), *Presidencialismo y sistema de partidos en América Latina*, Buenos Aires, Paidós.
- NEVEU, E. (2002), *Sociología de los movimientos sociales*, Barcelona, Ed. Hacer.
- NOVARO, M. (2003), “Presidentes, equilibrios institucionales y coaliciones de gobierno en Argentina (1989-2000)”, en J. LANZARO (comp.), *Tipos de presidencialismo y coaliciones políticas en América Latina*, Buenos Aires, CLACSO.

- OLLIER, M.M. (2001), *Las coaliciones políticas en la Argentina. El caso de la Alianza*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- PANEBIANCO, A. (2009), *Modelos de partido*, Madrid, Alianza Editorial.
- QUIROGA, H. (2010), *La República desolada. Los cambios políticos de la Argentina (2001-2009)*, Buenos Aires, Edhasa.
- QUIROGA (2010), “Introducción: ¿De qué hablamos cuando hablamos de izquierda hoy?”, en *Temas y Debates*, Rosario, N° 20.
- (2005), *La Argentina en emergencia permanente*, Buenos Aires, Edhasa.
- RENIU, J. M. (2002), *La formación de gobiernos minoritarios en España 1977-1996*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas.
- ROMERO, L.A. (2004), *Sociedad democrática y política democrática en la Argentina del siglo XX*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes.
- SMULOVITZ, C. (1993), “La eficacia como crítica y utopía. Notas sobre la caída de Illia”, en *Desarrollo Económico*, Buenos Aires, vol. 33, N° 131.
- TCACH, C. (1991), *Sabattinismo y Peronismo. Partidos políticos en Córdoba 1943-1955*, Sudamericana, Buenos Aires.
- TCACH, C. – RODRIGUEZ, C. (2006), *Arturo Illia: un sueño breve. El rol del peronismo y los Estados Unidos en el golpe militar de 1966*, Buenos Aires, Edhasa.